

LOS MONJES

Quiénes son, qué hacen, por qué viven así

1.- ¿QUIÉNES SON LOS MONJES?

"¡Anda, mira, un monje!"

"¡Anda, mira, un monje!", esta fue la expresión de sorpresa de un muchacho que visitaba el monasterio cuando vio aparecer a uno de ellos, como si fuese un ser extraño en vías de extinción. Sí, en el siglo XXI quedan monjes.

Son hombres o mujeres, que creen en Dios y desean seguir el Evangelio de Jesucristo. Para ello viven en comunidad, dedicados a la oración, al estudio y al trabajo, en un ambiente de silencio y paz, atentos a crecer en los auténticos valores humanos y espirituales, para que Dios sea glorificado en todo.

La vida de los monjes transcurre en casas, por lo general algo retiradas y al lado de una iglesia, conocidas como monasterios. Que un grupo de personas vivan juntas, aunando sus esfuerzos en el trabajo o el estudio, llevando al mismo tiempo una vida sencilla y sobria, supone un caudal de energía humana que ha dejado huella en la historia y la civilización. Por ejemplo en la Edad Media, los monjes dieron un enorme impulso al arte de trabajar la tierra, a la transmisión de la ciencia, al desarrollo del arte y a la cultura en general. Quedan como testimonio de su paso los grandes monasterios que aún hoy, por toda Europa, despiertan admiración y respeto.

Un poco de historia

La figura del monje apareció hacia el siglo IV en Egipto. Por lo general vivían solos, pero a veces se agrupaban para apoyarse unos a otros. Más tarde formaron comunidades organizadas, guiadas por un superior y unas normas establecidas. Poco a poco se extendieron por todo el mundo cristiano. La tradición quiere que el primer monje sea san Antonio abad. Junto a él podrían citarse otros nombres, como san

Pacomio, san Sabas, san Basilio, san Agustín, san Martín, san Benito y muchos más.

Su vida está organizada según unas normas, conocidas con el nombre de Regla. Los monjes de Oriente suelen seguir la Regla de san Basilio. La mayoría de los monjes de Occidente observan la Regla benedictina, escrita en el siglo VI por san Benito de Nursia, fundador de los monasterios de Subiaco y Montecasino, en Italia.

Con el paso de los siglos, monjes y monasterios se organizaron en distintas familias: los Benedictinos, de hábito negro y los Cistercienses, de hábito blanco y negro; los monjes Jerónimos; los Cartujos y los Camaldulenses.

El arte de vivir

La Regla de san Benito es uno de los textos sobre los que se asienta la espiritualidad del occidente cristiano. No sólo ha servido a los monjes, sino que ha animado a muchos cristianos en su caminar hacia Dios, fuera de los claustros.

Escrita por el santo para su monasterio, sin afán de originalidad ni ningún tipo de pretensión, aparece como eminentemente práctica, basada en la experiencia y en la aportación monástica anterior. Es una obra personal y directa en la que el autor proyecta sus convicciones, preferencias, preocupaciones y deseos más íntimos.

Según la Regla, el monasterio ha de ser la "escuela del servicio divino", en la que se aprende a buscar a Dios por medio del servicio fraterno, la mutua comprensión, la tolerancia, en una palabra, mediante la práctica del amor que Jesús ha dejado a sus discípulos como aspecto característico.

En ella se encuentra ante todo un arte de vivir, con sano realismo, aceptando todo lo que existe tal cual es: Dios y el mundo sobrenatural; el hombre concreto con su grandeza y su miseria; el entorno político y social. El arte de vivir con autenticidad todas las cosas, con sinceridad interior, con coherencia, equilibrio y armonía. El arte de vivir con dinamismo, alejando de nosotros el aburrimiento y la rutina, de vivir con sentido de comunidad, buscando el diálogo interpersonal y el servicio de unos a otros. Y, sobre todo, el arte de vivir en paz, una paz verdadera, profunda, imperturbable, que nace del Espíritu.

2.- ¿QUÉ HACEN LOS MONJES?

Tiempo para todo

Para entender un poco la vida diaria de los monjes conviene conocer el horario que llevan, y que, a grandes rasgos puede ser éste,

6.15	Maitines	El monje inicia su jornada antes del amanecer con los maitines u oficio de lectura.
6.45	Oración y estudio	A los maitines sigue un tiempo de oración personal y estudio.
7.45	Laudes	Al amanecer, se reúnen de nuevo para el canto de Laudes, acción de gracias por el día que empieza. Sigue después el desayuno.
9.00	Trabajo o estudio	Cada monje desarrolla la actividad que se le ha encomendado.
12.00	Eucaristía	La celebración diaria de la Eucaristía es el centro de la espiritualidad de la jornada.
13.30	Comida	
15.20	Hora media	
15.30	Trabajo	De nuevo el monje se dedica al trabajo hasta la hora de Vísperas.
19.00	Vísperas	Acción de gracias por el día que está terminando y por el trabajo realizado.
20.15	Cena	
21.30	Completas	Antes del descanso nocturno los monjes vuelven al coro para la oración de Completas que "completa" el día e introduce en la noche con su descanso.

Trabajos para todos los gustos

La actividad o trabajo de los monjes varía según los monasterios y va desde el trabajo manual en campos o granjas, hasta el trabajo intelectual, investigación, divulgación, atención a la biblioteca, pasando por los talleres que pueden estar dedicados a

encuadernación, imprenta, artesanía, cerámica, etc. Según la tradición monástica el beneficio que reportan estos trabajos sirve para cubrir los gastos de la vida de la comunidad y para practicar la ayuda a hermanos necesitados.

Generalmente, los monasterios atienden también una hospedería en la que son acogidos/as aquellos/as que desean participar de alguna manera del ambiente del monasterio y de la actividad de los monjes. Los monjes ejercen su oficio según sus aptitudes personales a la vez que permanecen disponibles para ayudar en cualquier momento en las necesidades que puedan surgir en el monasterio. Dedicar tiempo también para mejorar su cualificación profesional.

Hombres y mujeres como los demás

Nada extraño hay, pese a las leyendas, en estos hombres y mujeres que tratan de vivir en sus monasterios la vocación cristiana a la que fueron llamados. Cultivan sus facetas personales, cuentan por lo general con una buena biblioteca, tienen acceso a los medios de comunicación social, disfrutan del contacto habitual con la naturaleza en la paz y el silencio, medio más humanizador y equilibrador de lo que nos pensamos.

Son personas que cantan, piensan, ríen, rezan, pasean, se enfadan y dialogan como los demás; de hecho son muchos los familiares, amigos y aún desconocidos que acuden a hablar y convivir con ellos. Quien visita un monasterio despacio y tiene oportunidad de entablar conversación con los que en él viven, queda impresionado por la paz, la alegría y la carga de humanidad que hay en ellos.

3.- ¿POR QUÉ VIVEN ASÍ LOS MONJES?

Como los primeros cristianos

San Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles cuenta que los primeros cristianos de Jerusalén, después de haber recibido el bautismo, asistían con frecuencia a las enseñanzas de los apóstoles, mantenían la comunión fraterna, participaban en la celebración de la Eucaristía y en la oración; una sola fe les hacía vivir unidos, practicando la comunidad de bienes. Vendían posesiones y bienes y

los repartían entre todos según las necesidades de cada uno, de manera que entre ellos ninguno pasaba necesidad. A diario frecuentaban el templo en grupo, partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón.

Este ejemplo de la primera Iglesia quedó como un ideal que suscitó imitadores, los cuales se retiraban de las ciudades para poder dedicarse más libremente al género de vida que habían abrazado. Así nació la vida religiosa, de la que los monjes son expresión elemental. Con el correr de los siglos, la vida religiosa se fue diversificando al ir cubriendo nuevas necesidades surgidas en la sociedad, pero esta forma primera de seguir a Jesús más de cerca, al igual que lo hicieran los primeros monjes, siempre tuvo continuadores que supieron además adaptar mejor o peor este modo de vida a las circunstancias de su época. También hoy hombres y mujeres siguen sintiendo y viviendo esta llamada particular de Jesús a vivir con Él una vida de oración y servicio en comunidad.

Sirven, porque no sirven

Siempre que algunos alumnos cuestionaban a un profesor sobre la utilidad de ciertas asignaturas, -"no sirven para nada", decían -, (asignaturas que a ellos, por cierto, no se les daban bien), éste les respondía: "de entrada sirven, porque no sirven".

Vivimos en una sociedad muy pragmática y utilitarista que valora sólo aquello a lo que encuentra aplicación inmediata. Sin embargo, otras cosas que aparentemente no tienen valor, servirían ya sólo por el hecho de que nos permiten preguntarnos el porqué de su existencia. La vida además nos hace ir valorando aquello que antes nos resultaba ridículo, o ir desechando cosas que efectivamente no tienen sentido pero "sirvieron" en su momento.

Los monjes tienen la misión de recordar el misterio de la soberanía de Dios. El monasterio reúne a los monjes para que puedan vivir la vocación que han recibido, teniendo presentes ante el Señor a todos los seres humanos y sus necesidades, ayudando al mundo a orientarse hacia Dios. Ellos hacen más presente en la Iglesia el misterio de la plegaria de Cristo. Si el monasterio cumple su tarea, a despecho de su aparente inutilidad, coopera para que la ciudad terrena, que los

hombres se esfuerzan denodadamente en construir, tenga como piedra angular la misma que Dios ha dispuesto: Cristo Jesús. Este poner a Dios en el centro de la propia vida no hace palidecer el resto de las cosas, sino que les da su pleno sentido. La acción más sencilla queda elevada al nivel de la más noble, porque todo se convierte en un acto de adoración a Dios. Si el monje vive siempre en oración no es porque viva en la estratosfera, sino porque todo lo vive desde Dios.

Recuperar el sentido de lo pequeño, de lo sencillo, lleva consigo recuperar la dignidad de la persona, que vale, no por lo que tiene, sino por lo que es. En un mundo en el que tantos hombres y mujeres se sienten marginados por diversas causas: raza, condición social, pobreza, problemas personales, etc, los monjes mantienen abierta una puerta a la esperanza: su vida es testimonio de que el ser humano vale por si mismo.

No anteponer nada a Jesucristo

Es muy significativa la insistencia con que la Madre Teresa de Calcuta, siempre que le preguntaban por el sentido de su gran labor humana y social en favor de los pobres más pobres, respondía sin vacilación ninguna: "Lo hacemos todo por Jesús".

Este es el fundamento de cualquier forma de vida religiosa: hacerlo todo por Jesús. Cualquier género de vida consagrada a Dios tiene en su origen y en su centro este deseo de imitación y seguimiento de Cristo. Sólo desde fuera, desde una óptica distinta a la de la fe, se trata de justificar su existencia haciendo hincapié en otros valores, que sin duda tiene y reporta también a la sociedad: atención a los pobres, enfermos, necesitados, etc. En este sentido la vida monástica al dar primacía a lo espiritual comporta el posible escándalo de aquellos que no valorando esto no le encuentran sentido a una vida que, a simple vista, no parece reportar otro tipo de valores, -aunque ya hemos visto que también los tiene-.

San Benito dice a sus monjes, hacia el final de su Regla, sintetizando todo lo que él llevaba en el corazón: "que no antepongan absolutamente nada a Cristo, el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna". Ésto es válido no sólo para el monje, sino para cualquier cristiano. Cristo es capaz de llenar el corazón todos y cada uno y dar

sentido pleno a nuestra vida, desde Él toman valor auténtico todas las cosas. Cristo puede colmar por completo nuestra capacidad de amor, porque Él nos amó primero.